

Hacia una restitución de la crítica literaria contemporánea en Costa Rica: del catecismo al laicismo¹

Carlos Francisco Monge²

Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica)

Dimidium facti, qui coepit, habet; sapere aude: incipe.
Horacio, Epístola II, Lib. I

A la memoria de Juan Durán Luzio

Me propongo referirme, en este breve lapso que se nos da a los comensales de este coloquio sobre nuestra literatura costarricense, a dos asuntos: por un lado, a un recorrido, no menos veloz, del desarrollo de la historia literaria nacional, desde la segunda mitad del siglo pasado; por otro, al papel que podría desempeñar —seguramente entre muchos otros— la crítica literaria contemporánea sobre las letras de este primer cuarto de nuestro siglo. Quienes estamos aquí —incluido el moderador³— hemos dedicado una buena parte de nuestra profesión al estudio de la literatura y de la cultura costarricenses, en sus diferentes etapas. Debo mencionar, desde luego, la más que notable labor historiográfica de Iván Molina Jiménez, sobre la cultura letrada en Costa Rica, sobre la historia de los libros y la producción editorial, y sus ya incontables artículos sobre ese y temas afines; también los estudios efectuados por Francisco Rodríguez, quien en los últimos quince o veinte años ha hecho aportaciones muy valiosas tanto a la historia como a la crítica literaria nacionales. Y el propio Mijail Mondol, especialmente dotado para estos menesteres, desde hace varios años se ha empeñado en revisar muchos de los postulados y procedimientos en historiografía literaria, no solo la nacional sino también, más recientemente, la de la región centroamericana.

La historia literaria costarricense

La historia literaria costarricense, como ustedes habrán de saber, se vio acompañada por el desarrollo formal —si se puede decir así— de la academia universitaria, desde la década de 1950, con el establecimiento de un departamento o

¹ Participación en la mesa redonda «Historiografía y crítica literaria en Costa Rica», del *I Coloquio de Literatura Costarricense Contemporánea*, el 5 de agosto de 2025, junto a Alfonso Chase, Iván Molina Jiménez y Francisco Rodríguez Cascante.

² Profesor de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje, dedicado a la historiografía, la crítica y la teoría literarias, y profesor de cursos de literatura escrita en español (la peninsular y la hispanoamericana). Dirección electrónica: cfmonge@hotmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8140-7915>.

³ El autor se refiere al profesor Mijail Mondol López.

escuela dedicado a los estudios literarios y lingüísticos, en la entonces joven Universidad de Costa Rica. Allí se originó la primera *Historia de la literatura costarricense*, con ese título, que durante varios decenios ejerció profunda influencia en el modo como se trató la literatura nacional (vid. Bonilla: 1957/1961). Su autor, buen profesor y buen pensador, no pudo sustraerse de los hábitos —por no decir limitaciones— de los estudios literarios a los que acudió como modelo: el impresionismo, el cúmulo de opiniones y puntos de vista más o menos acordes con el proyecto de una literatura costarricense directamente asociada a una idea de la nación, muy convencional, asociada al pensamiento liberal de la primera mitad del siglo XX: literatura, por tanto, que «reflejaba» un alma nacional, y esta concebida como las relaciones contradictorias y complementarias del campo y la ciudad. No todo era, claro, puro impresionismo; Bonilla hizo lo que conocemos como «contenidismo», combinado con algunas explicaciones del contexto histórico, referencias a corrientes literarias procedentes del exterior, y comentarios más o menos oportunos sobre las obras y sus autores. Con ello reconfiguró el que entendemos hoy día como un canon literario costarricense, al mismo tiempo legatario de la tradición crítica de la que se alimentó y puso al día, por él mismo, hasta mediados de la década de 1960. Su influencia fue muy notable a lo largo de los siguientes treinta años. Otras historias literarias «menores», como las de, la de Elizabeth Portuguese de Bolaños (1964), la de Anita Herzfeld y Teresa Cajiao Salas (1973), la de Alfonso Chase (1975), la de Carlos Rafael Duverrán (1978) o la de Virginia Sandoval de Fonseca (1978) siguieron muy de cerca —tal vez inevitablemente— el tratado de Bonilla. Naturalmente, también se vieron influidos los propios estudiantes de filología, lingüística y literatura, en la Universidad de Costa Rica, durante las décadas de 1970 y 1980, entre los cuales yo me incluyo, debo decirlo.

Los estudios sobre la historia literaria costarricense empezaron a modificarse con la década de 1980, especialmente con las novedosas aproximaciones conceptuales de Manuel Picado (1983), centradas en problemas teóricos y metodológicos, y con los avances de Álvaro Quesada (1986, 1988, 1998), orientados al análisis de nuestra literatura desde sus fuentes y contextos sociales y políticos. Fue el arranque de una historiografía moderna, basada con consciencia en premisas de las modernas corrientes teóricas contemporáneas y, principalmente, en una voluntad de revisar —y con ello enmendar, si se quiere— la tradición historiográfica anterior, en buena medida de cuño ideológico; quiero decir, basada aquella un concepto de la nacionalidad y el nacionalismo claramente limitado y anacrónico. Aunque no los únicos, especialmente con los trabajos de Quesada, en la nueva historiografía literaria costarricense cobró importancia una especie de sociología literaria instrumental y operativa, y con ella la explicación de las manifestaciones literarias nacionales —especialmente de su narrativa, advirtamos— de conformidad con movimientos sociales, corrientes del pensamiento, prácticas ideológicas y

fenómenos asociados a las clases sociales y los conflictos entre ellas⁴. Ese interés por abandonar las aproximaciones formalistas al discurso literario y, con ello, aportar datos y observaciones sobre las relaciones entre la producción literaria y el entorno social no ha dejado de cultivarse hasta hoy día, señal inequívoca de las preferencias que los estudios literarios en nuestro país han manifestado.

La última historia literaria costarricense de pretensiones totalizadoras, hasta hoy día, es el manual *Cien años de literatura costarricense*, de Margarita Rojas y Flora Ovaes (1995), publicado en 1995, como si dijésemos para cerrar el siglo xx. Desde entonces, siguiendo en cierta medida los ejemplos de Álvaro Quesada, nuestras historias literarias son parciales; digo mejor: más especializadas en temas y problemas sobre la narrativa, sobre el teatro, sobre la poesía, sobre esta o aquella corriente literaria: el realismo social, las vanguardias, la identidad nacional.

La etapa más reciente de la historia literaria costarricense la sitúo a partir de la vuelta a nuestro presente siglo. Son historias, si se quiere, más especializadas aún. De un somero recuento hecho para esta ocasión, entre 2001 y 2023 se ha publicado una docena de extensos estudios dedicados a las letras nacionales, con las características esenciales del discurso historiográfico. Todas se dedican a aspectos particulares: la participación de escritoras en una revista de cultura, el estudio de una corriente literaria internacional en nuestras letras, la novela de un período determinado, el tema de la identidad como fenómeno significativo, la literatura disidente, el papel de la producción y dos o tres asuntos más. Sin renunciar a un espíritu integrador de nuevos asuntos por tratar, son estudios que indagan particularidades o, para mencionarlo de otro modo, regiones temáticas antes que panoramas completos. Ese me parece el rasgo más llamativo de los actuales estudios historiográficos costarricenses.

La crítica literaria en Costa Rica

Pasemos a la crítica, el tema sobre el que en realidad me iba a detener en esta pequeña participación. A los organizadores de esta actividad les sugerí como su título «Hacia una restitución de la crítica literatura contemporánea en Costa Rica»; también pude haberle puesto como título «reivindicación de la crítica», y lo explico enseguida. Los estudios literarios en Costa Rica, sobre todo los de procedencia académica —es decir, universitaria— han consumido la mayor parte de sus recursos y energía en sistematizar con el mayor rigor conceptual posible el tratamiento de su objeto de estudio y en utilizar y validar la eficacia de teorías y métodos de trabajo, con el fin —siempre loable no muy convincente, en mi criterio— de garantizar la objetividad, la precisión en sus argumentos y la fiabilidad de sus resultados. Con ello,

⁴ A esa misma dirección se orientó mi *La imagen separada: modelos ideológicos de la poesía costarricense*, que apareció en 1984.

se ha provocado una suerte de dependencia epistémica de ciertos paradigmas de pensamiento, exteriores y de prestigio, procedentes de lo que hoy día entendemos como los centros metropolitanos de la cultura y la ciencia. En esta ocasión no podría entrar en pormenores porque para ello se requiere mucho más tiempo del que los comensales disponemos y, además, porque nos llevaría a una discusión más bien en el plano ideológico, por no decir abiertamente político. Sí me parece esencial que distingamos las diferencias que hay entre aquellos estudios universitarios que se han ocupado de la historia literaria y lo que aquí entiendo por la crítica literaria. Excluyo, claro, las casi innumerables tesis de grado (de licenciatura, maestría o doctorado) que en los últimos tres decenios se han escrito en nuestras universidades o bien en las del exterior donde no pocos se han titulado, con estudios sobre las letras nacionales. Acaso sea innecesario aclararlo: hay aspectos comunes entre la historia literaria y la crítica literaria, aunque cada cual los adopta en grado e intensidad diferentes: ambas parten de premisas y nociones de índole teórica, ambas emiten valoraciones, ambas seleccionan criterios que implican modos de lectura, ambas clasifican, descartan o hacen hincapié en este o en aquel aspecto, etc. Pero, como accesos disciplinarios, también entre sí marcan sus rasgos distintivos.

La primera distinción entre *historia literaria* y *crítica literaria* es que la aproximación de la primera es diacrónica, mientras la segunda es sincrónica. La historia discurre con el tiempo; la crítica se detiene y aísla hechos concretos. Dicho de un modo más técnico, la historia literaria trabaja sobre el eje sintagmático (mediante la organización de su objeto en la sucesión, en la diacronía), mientras que la crítica literaria actúa sobre el eje paradigmático (el de la selección dentro de un sistema determinado). Si no de una evolución o un desarrollo, la historia literaria se ocupa de una trayectoria, en la cual caben las comparaciones, las explicaciones de índole social, cultural, material, etc., de los objetos de estudio; en cambio, la crítica literaria elige manifestaciones particulares (una obra, una tendencia, un movimiento, incluso parcialidades tan reducidas como una novela, un relato, un poema).

Me parece que una segunda distinción es más bien doctrinaria: la historia literaria —o si así lo prefieren los organizadores de esta mesa redonda, la *historiografía* literaria— se ha desarrollado por lo general en el ámbito académico y por ello notablemente atada a modelos de trabajo casi siempre institucionalizados o, por lo menos, de un alto prestigio, sea por el que gozan sus impulsores o bien porque forman parte de programas de investigación, por paradigmas epistémicos o, incluso, por ciertas imposiciones en la administración del saber. Lo señalé antes: en nuestras universidades costarricenses se libran discusiones sobre esta o aquella corriente teórica, sobre sus traslapes o contradicciones, sobre las posibilidades de su «aplicación» —y lo dejo entrecomillado en mi escrito— a la literatura costarricense. Sin duda que esa situación ha ejercido una notable influencia en el ejercicio de la crítica literaria, porque esta se ha dejado llevar también por la fuerza de algunas

corrientes de la teoría literaria (los formalismos, los sociologismos, la crítica marxista, los postestructuralismos, entre otras tantas más), en franco detrimento de un aspecto esencial: la posibilidad de poner en juego nuestras propias facultades de discernir, cavilar organizar con lo que tenemos —mínimo, nuestra inteligibilidad ante el objeto tratado— saberes independientes, hallazgos específicos, propuestas que despierten, a su vez, nuevos y sucesivos debates.

No es el caso descalificar las más conspicuas teorías o doctrinas teóricas y metodológicas que se pasean por los pasillos y salones de las universidades en los grandes centros metropolitanos; como comprenderán, sería una impertinencia. No obstante, en nuestro limitado medio académico y cultural —sitiado y condicionado por mil factores que no hace falta señalar— se me hace necesario el desafío a ciertas doctrinas y epistemologías de línea dura, ideadas y planificadas en otros lares, para otros fines y establecidas como formas de pensamiento que escasamente tienen que ver con las culturas y las literaturas que no tengo más remedio que aceptar en denominarlas «periféricas», como la nuestra. Al igual que en la Vía Láctea, somos un planeta literario que pertenece a un sistema solar que a su vez forma parte de otros sistemas mayores, y estos insertos en otros, quizá hasta el infinito. Fuera de nuestras ambiciones o expectativas, nuestra literatura no es la literatura renacentista italiana, ni la isabelina ni el realismo ruso, ni siquiera nos asomamos al «boom» novelístico latinoamericano de hace ya medio siglo. Quiero decir que no hay que buscarle tres pies al gato. Desde luego, no se trata de renunciar a los sistemas de pensamiento, sobre todo si estos son valiosos y oportunos, vengan de quienes vengan (estoy lejos de promover una especie de «xenofobia epistémica», para inventar la expresión), sino más bien pensar en que estamos en condiciones de proponer la formulación de otros paradigmas (complementarios u opuestos) para redefinir las aproximaciones a la nueva literatura costarricense que —escúchenme bien, por favor— no se escribe según modelos o doctrinas de índole académica.

Para poner sobre la mesa algunas ideas de la crítica literaria, empezaré por el otro extremo: lo que se opone a ella; es decir, ciertas prácticas muy habituales en nuestro entorno, que parecieran darse como crítica literaria sin serlo. Voy a citar un pequeño pasaje que hace tan solo algunos días preparé, y del que extraigo este fragmento: «No es la reseña periodística de un nuevo libro, con afanes promocionales; no es el elogio del título que una casa editorial ofrece como novedad del mes; no es el espectáculo de una mesa redonda en la que todos se ponen de acuerdo en alabar y no en discutir; no son los pequeños textos de las solapas o contratapas de los libros, ahítos de loas y milagros; no es la autolectura para explicar lo que no se comprendió con la lectura del texto original; no es lo que un autor declare como sus intenciones, propósitos o mensajes, para suplantar, ampliar o hasta enmendar lo que en las páginas dejó impreso; no es la entrevista, el reportaje o el documental, y mucho menos la biografía, más o menos maquillada, del escritor».

¿Cuáles podrían ser, pues, las condiciones de la crítica literaria, que la podrían diferenciar con cierta claridad, tanto de la teoría literaria como de la historia literaria. Pasemos a ello.

1. La crítica literaria ha de ser principalmente un ejercicio de pensamiento, a prudente distancia de los modelos teóricos o metodológicos por sí mismos, y a mucha de cualquier adscripción a dogmas y doctrinas epistémicas, políticas o ideológicas. Es un análisis, una interpretación, una propuesta de lectura, que implica la opinión, el juicio la valoración. Atarse a una doctrina, a un modelo de trabajo o a una episteme agota o cercena sus posibilidades de crear conocimiento, porque corre el riesgo de atascarse en un discurso previo con el que queda en deuda.
2. La crítica literaria ha de propiciar y promover opiniones y valoraciones de sus objetos de estudio; y estos, sí, particulares y concretos; mas esas valoraciones no tienen por qué adoptar pretensiones definitivas o establecidas; la suya es una lectura lo más coherente posible, que al menos genere credibilidad argumentativa y conceptual. Valorar es adoptar un punto de vista, pero además es una respuesta a la obra, puesto que esta siempre es una exhortación, un desafío a una reacción, a una respuesta.
3. La crítica literaria no es una teoría ni una historia (literarias) sino *un ejercicio hermenéutico* en un sentido lato; se lo asocia la interpretación, y esta puede derivar a una pragmática, mediante el estudio de casos particulares, sobre los que se procura dar cuenta, desde una perspectiva específica y acudiendo a criterios determinados. Es un ejercicio de libertad.
4. A diferencia de la teoría (literaria), que busca regularidades y principios de validez general, y de la historia (literaria), que elige y describe grandes segmentos de fenómenos particulares, la crítica (literaria) parte de un corpus relativamente pequeño (a veces una obra, un relato, un solo poema) para actuar directamente sobre él y desarrollarse con relativa autonomía, para producir un discurso propio, cercano al pensamiento ensayístico, a la glosa, al comentario (aquiescente o adverso a aquel texto original primario). Es — como lo indicó con precisión Barthes hace media centuria— la escritura sobre una escritura.
5. La crítica literaria interpreta, analiza, comenta y evalúa el objeto (la obra literaria) desde un sistema abierto, relativamente autónomo; no desde una episteme rígida y cerrada en sus principios, axiomas, reglas o procedimientos. Sus asertos, proposiciones o conclusiones no dejan de ser provisionales, debatibles; no buscan la regularidad teórica sino la particularidad interpretativa. Por ello mismo, a la literatura (producción literaria) que también es de suyo un sistema abierto, no podría afrontarla la crítica si esta se plantease como un sistema cerrado.

6. La crítica genera verdades provisionales; no amplía ni altera la obra; apunta a un universo distinto (nuevo): un pensamiento que rodea o se superpone al texto-objeto.
7. De forma simétrica a la intención del autor (escritor) la crítica debe asumir y ejercer el derecho del lector-crítico. A partir de un análisis congruente argumentativamente, se desprendería una propuesta de interpretación que conlleva la creación de pensamiento sobre una manifestación cultural —la obra literaria— que vale para el presente. No interpreta obras del pasado en cuanto tales; lo hace desde el presente a partir del análisis de esas obras del pasado, del que no podría arrogarse su dominio y conocimiento cabal, a su propio antojo.

Dos notas más sobre la crítica literaria en Costa Rica contemporánea: 1995-2025

1. Para la literatura costarricense, el pensamiento crítico es relativamente escaso, porque también se carece de un pensamiento propio sobre la historia, la cultura o las formaciones sociales costarricenses. ¿Existe aquí un pensamiento sociológico, un pensamiento filosófico, un pensamiento historiográfico, un pensamiento pedagógico; en suma: un pensamiento político? Hemos dependido durante mucho tiempo de fuentes ajenas (aparte de su valor, de su riqueza o de su oportunidad).
2. Una crítica literaria costarricense produciría pensamiento no solo sobre esa su literatura; también sobre su cultura, su sociedad, su historia. Interpretar (releer) nuestra historia sería enriquecerla con nuevos significados; nos aproximariamos a ella para reactualizar nuestra situación y nuestra condición presente.

Referencias bibliográficas

- Bonilla, Abelardo. *Historia y antología de la literatura costarricense*. San José: Universidad de Costa Rica, 1957/1961. Dos tomos.
- Chase, Alfonso, ed. *Narrativa contemporánea de Costa Rica*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975.
- Duverrán, Carlos Rafael, «Notas para una reseña de la literatura costarricense», *Studi di Letteratura Ispano-Americana*, n.º 8, 1978, 89-121.
- Herzfeld, Anita y Teresa Cajiao Salas. *El teatro en Costa Rica: perspectiva crítica y antología*. San José: Editorial Costa Rica, 1973.
- Monge, Carlos Francisco. *La imagen separada: modelos ideológicos de la poesía costarricense*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1984.

- Monge, Carlos Francisco. *La rama de fresno: ensayos sobre literatura en Costa Rica*. Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1999.
- Monge, Carlos Francisco. *Territorios y figuraciones: ensayos literarios y semblanzas*. Heredia: Editorial Universidad Nacional, 2009.
- Picado, Manuel. *Literatura / Ideología / Crítica*. San José: Editorial Costa Rica, 1983.
- Portuguez de Bolaños, Elizabeth. *El cuento en Costa Rica: estudio, bibliografía y antología*. San José: Lehmann, 1964.
- Quesada Soto, Álvaro. *La formación de la narrativa nacional*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1986.
- Quesada Soto, Álvaro. *La voz desgarrada: la crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1988.
- Quesada Soto, Álvaro. *Uno y los otros: identidad y literatura en Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1988.
- Rojas, Margarita y Flora Ovares. *Cien años de literatura costarricense*. San José: Farben/Norma, 1995. 2.^a ed. ampliada. San José: Editorial Costa Rica, 2021. Dos tomos.
- Sandoval de Fonseca, Virginia. *Resumen de literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 1978.

© 2026, CFM